

Quiero, pues, dulce Madre, que en la vida me protejas y defiendas; que en la muerte me acompañes y recibas en tus manos; que en la eternidad me libres del infierno y pronto me introduzcas á la casa de mi Padre!

¡Imposible, Señora, que esperando tan firmemente en tí, yo quede confundido!.....

más indigno de tus hijos.

Leon, Enero 29 de 1887, fiesta del insigne cuanto amable Doctor de la Iglesia San Francisco de Sales.

ORACION

A LA

SANTISIMA VIRGEN MARIA

Compuesta por

SAN FRANCISCO DE SALES.

Acuérdate, dulcísima Virgen, de que tú eres mi Madre y yo soy tu hijo; de que tú eres muy poderosa y yo soy pequeño, pobre, miserable, y débil.—Yo te ruego, dulce Madre mía, que me gobiernes y defiendas en todas mis empresas y acciones.

—No me digas, graciosa Virgen, que *no puedes*; porque tu amado Hijo te ha dado todo poder.....Tampoco me digas que *no debes*, porque eres la Madre comun de todos los pobres seres humanos, y singularmente mia.

—Si no pudieras, yo te excusaria diciendo: cierto es que ella es mi Madre y que me ama como hijo suyo; mas le falta el poder!

—Si no fueras mi Madre, con razon tendria paciencia, diciendo: Ella es muy rica para socorrerme; pero ay! como no es mi Madre, no me ama!.....

—Mas, oh dulcísima Virgen, supuesto que eres mi *Madre* y que eres *poderosa*, ¿cómo te excusaría, si no me ampararas?

Ya ves, Madre mia, que estás obligada á atender á todas mis peticiones.

—Por el honor y gloria de tu Hijo, acéptame como hijo tuyo, sin atender á mis miserias y pecados.

—Libra mi alma y mi cuerpo de todo mal, y dame todas tus virtudes, principalmente la humildad!

En fin, alcánzame todos los dones, bienes y gracias que agradan á la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Así sea.

VIVA † JESUS.

CAPITULO I.

La Inmaculada Concepcion.

DIOS muestra de un modo admirable la riqueza incomprendible de su poder, en la gran variedad de cosas que vemos en la naturaleza, pero El hace aparecer con más magnificencia los tesoros infinitos de su bondad, en la diversidad sin igual de los bienes que reconocemos en la Gracia. En efecto, El no se ha contentado, en el Santo exceso de su misericordia, con enviar á su pueblo, es decir, al género humano, una redencion general y universal, por medio de la cual cada uno puede ser salvo; sino que la ha diversificado de tantos modos, que su liberalidad resplandece en esa variedad, y esa variedad, á la vez, embellece tambien su liberalidad.

Así, pues, Dios destinó primeramente para su Santísima Madre, un favor digno del amor de un Hijo que siendo Sapientísimo, Omnipotente y todo bueno, se debia preparar una Madre segun su agrado, y en consecuencia, El quiso que su redencion le fuera aplicada por manera de remedio preservativo, á fin de que el pecado que se trasmitiese de generacion en generacion, no llegara á ella; de suerte que fué rescatada de un modo tan exce-

lente, que aunque el torrente de la iniquidad original vino á impeler sus infelices ondas sobre la concepcion de esta Sacratísima Señora, con tanto ímpetu como lo hizo en la de las otras hijas de Adan, al llegar allí, no pasó adelante, sino que se detuvo, á la manera que antiguamente el Jordan, en tiempo de Josué, (Jos. III.—16.) y por el mismo respeto. Pues así como este río detuvo su corriente en reverencia del Arca de la Alianza, así el pecado original, retiró sus aguas, reverenciando y temiendo la presencia del verdadero Tabernáculo de la eterna alianza.

De esta manera pues, Dios apartó de su gloriosa Madre toda cautividad, dándole la felicidad de los dos estados de la naturaleza humana, pues ella tuvo la inocencia que el primer Adan habia perdido, y gozó excelentemente de la redencion que le adquirió el segundo. Por lo cual, semejante á un jardin escogido, que debia llevar el fruto de vida, le fué dado florecer con toda suerte de perfecciones; y aquel Hijo del amor eterno, así revistió á su Madre *con vestidura de oro recamada de hermosa variedad*, para que fuese la reina de su diestra, (Ps. XLIV.—10) es decir, la primera de todos los escogidos que habia de gozar *de las delicias de la diestra divina*. (Ps. XV.—11.) Esta Madre sagrada, como reservada toda para su Hijo, fué redimida por El, no solo de la condenacion, sino tambien de todo peligro de condenacion, asegurándole la gracia y la perfeccion de la gracia, de suerte que ella avanzaba como una hermosa aurora, que comenzando á despuntar, va de continuo creciendo en claridad hasta el pleno dia. (Prov. IV.—18.)

Redencion admirable, obra maestra del Reden-

tor, y la primera de todas las redenciones, por la cual el Hijo, con un corazon verdaderamente filial, *previniendo á su Madre con bendiciones de dulzura*, (Ps. XX.—4) la preservó, no solo del pecado, como á los ángeles, sino de todo peligro de pecado, y de toda dificultad y retardo en el ejercicio del amor santo.

Por eso El declara (Cant. V.) que entre todas las criaturas racionales que ha escogido, esta Madre es su paloma única, su toda perfecta, su muy querida y bien amada, fuera de toda comparacion y semejanza. (Cant. VI.—8.)

Ninguna duda hay de que la Santísima Virgen haya sido toda pura desde el primer instante de su existencia. Parece que naciendo hija de Adan, como las demás, debia como ellas, ser manchada con el pecado original; pero la Providencia Divina ordenó las cosas de otro modo, y le tendió su mano santísima, que la detuvo para que no cayera en el precipicio.

Así pues, la Santísima Virgen no ha sido mordida por la serpiente infernal; es cosa justa, clara y manifiesta que ella no ha tenido pecado original ni actual, pues ha sido privilegiada sobre todas las criaturas, con un privilegio tan grande y singular, que ninguna, quien quiera que sea, ha recibido jamás la gracia de la manera que la ha recibido esta Santa Señora, nuestra gloriosa Reina; ni habrá nunca alguna que se atreva á pretender ni aspirar á tan particular beneficio, supuesto que esta gracia solo era debida á aquella que estaba destinada desde toda eternidad para ser Madre de Dios.

(*Amor de Dios. Lib. II. cap. VI.—1^o Sermón para el Viérnes Santo.*)

CAPITULO II.

La Natividad.

LA perfeccion cristiana no es otra cosa que una abnegacion perfecta del mundo, de la carne y de sí mismo; esta es una máxima que tantas veces ha sido dicha por los Padres antiguos, y con tanta frecuencia se ha repetido en la Sagrada Escritura, que parece innecesario volverla á decir.

Casiano, ese gran Padre de la vida espiritual, hablando de la perfeccion cristiana, dice que la base y fundamento de ella, no es otra cosa que una perfecta abnegacion de todas las voluntades humanas; y San Agustin, hablando de los que se consagran á Dios en la Religion para pretender esa perfeccion, dice que es un ejército y una reunion de personas que van á la guerra y al combate contra el mundo, contra la carne y contra sí mismos, siendo nuestro divino Salvador el jefe, el defensor y el capitan.

Mas, aunque el Padre Eterno haya declarado y establecido al Salvador jefe y director de aquellos, y aunque sea el rey único y soberano, sin embargo, en el corazon de Nuestro Señor hay tanta dulzura y clemencia, que ha querido tambien que otros participaran de ese honor y calidad, y de una manera muy particular la Santísima Virgen, cuya natividad consideramos, pues la constituyó y estableció reina y conductora de to-

do el género humano, y en especial del sexo femenino.

Consideremos, pues, cómo ella ha triunfado valientemente del mundo, de la carne y de sí misma, en su santa natividad; pues esta gloriosa Señora nos ha sido propuesta como un espejo y compendio de la perfeccion cristiana, que debemos imitar.

Por lo que toca á la abnegacion del mundo, ella ha hecho la renuncia más completa y perfecta que de él se pueda hacer.

¿Qué es el mundo?—El mundo debe entenderse de aquellos que tienen una aficion desarreglada á los bienes, á la vida, á los honores, dignidades, preeminencias, propia estima y semejantes bagatelas tras que corren todos los mundanos, haciéndose idólatras de ellas. En verdad, que no podremos saber cómo ha sucedido que el mundo, ó mejor dicho, la vanidad mundana, haya entrado por afecto, de tal modo, en el corazon del hombre, que éste se ha convertido en mundo, y el mundo se ha convertido en hombre. Oh! cuán difícil cosa es, desprenderse bien del mundo! Ordinariamente nuestros afectos están de tal manera sumergidos y comprometidos en el mundo, y nuestro corazon tan aficionado á él, que se necesita un gran cuidado para apartarlo enteramente de allí.

Pero la Santísima Virgen, ¡cuán admirablemente ha hecho esa renuncia en su Santa Natividad! Acercaos á su sagrada cuna, considerad lo que ella hace, y vereis que practica todas las virtudes de una manera eminente. Interrogad á los ángeles, á los querubines y á los serafines; preguntadles si igualan á esa pequeña niña, y os

responderán que ella les sobrepuja infinitamente en virtud, gracias y méritos. Vedlos al derredor de su sagrada cuna; mirad cómo todos, maravillados de su grande hermosura y de sus raras perfecciones, dicen aquellas palabras del Cantar de los Cantares: *¿Quién es esta que sube del desierto, como una vara de humo, perfumada de mirra, de incienso y de toda clase de perfumes muy aromáticos?* (Cant. III.—6.) Y considerándola más de cerca, arrebatados de admiración y de sorpresa, *Quién es esta, dicen, que camina como la aurora al levantarse, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército en orden de batalla?* Esta niña aun no está glorificada, pero ya la gloria le está prometida; ella la aguarda, no en esperanza, como los otros, sino en seguridad. Y así los espíritus celestiales, sorprendidos y admirados, van prosiguiendo en referir sus alabanzas.

Y sin embargo, esta Santísima Virgen, permanece en su cuna, practicando todas las virtudes, y de una manera muy admirable, la de la renuncia del mundo. ¡Consideradle bien, en medio de esos aplausos, alabanzas y exaltaciones angélicas! Mirad ¡cómo, no obstante todo eso, ella se mantiene humilde y abatida, queriendo aparecer pequeña niña como las demás, á pesar de que tuvo el uso perfecto de la razón desde el instante mismo de su concepción.

¿Quién no se admirará, pues, de verla en su cuna, tan colmada de gracias, con el uso perfecto de la razón, capaz de conocimiento y de amor, discurriendo y adhiriéndose á Dios, y en esta adhesión, queriendo ser tenida y tratada como pequeña niña, asemejándose en todo á las demás,

de un modo tan encubierto, que de nadie eran conocidas las gracias que en ella residían.

Muy agradables son, en verdad, los niños en su inocencia; pues á nada se aficionan, con nada se ligan, no saben lo que son esos puntillos de honor y de reputación, ni de vituperio y desprecio; hacen tanto aprecio del vidrio como del cristal, del cobre como del oro, de un rubí falso como de uno fino, se desprenden de buena gana de cosas preciosas por una manzana: todo esto es amable en los niños, pero no es admirable, puesto que no tienen aun el uso de la razón para obrar de otro modo. Pero la Santísima Virgen, apareciendo pequeña niña, tenía sin embargo, el uso de la razón y del discurso tan perfectamente como cuando murió; y no obstante esto, no dejó de hacer todo lo que los niños hacen. Oh Dios mío! esto es una cosa no solamente amable, sino también muy admirable, y nos hace ver ya cuán perfectamente había renunciado á todo lo que es gloria, fausto y aparato del mundo.

La segunda renuncia que debemos aprender de la Santísima Virgen, es la de la carne. Es indudable que esta renuncia es más difícil que la primera, siendo de un grado más elevado. Muchos abandonan al mundo y retiran de él sus afectos; pero tienen mucho trabajo en desprenderse de la carne: por eso el gran Apóstol nos advierte que estemos en guardia contra ese enemigo que nunca nos abandona, sino en la muerte: Guardaos, dice, de que él os seduzca. Ese enemigo de que habla el Apóstol, no es otro que la carne, el cual llevamos siempre con nosotros; sea que bebamos, comamos ó durmamos, siempre nos acompaña y

trata de engañarnos. No deja de ser cierto que este es el mas desleal y pérfido enemigo que podamos imaginar, y la continua renuncia que de él necesitamos hacer, es muy difícil. Por eso se requiere buen valor para emprender combatirlo, y para animarnos á ello, debemos fijar la vista en nuestro Soberano Señor y en nuestra gloriosa Señora la Santísima Virgen.

¡Y cuán perfectamente ha obrado ella esta renuncia, desde su Santa Natividad, en su cuna y durante su infancia! Cierto es que los niños en su tierna edad, practican mil actos de ese desprendimiento, pues se les obliga á hacerlos en todas ocasiones, y el gran cuidado que con ellos se tiene, hace que casi nunca se atiende á sus afectos é inclinaciones. Mirad, os ruego, á esos pobres y pequeños niños: quieren estender sus bracitos, y se los encojen; quieren mover sus pequeños pies, y se los ligan con vendas; quieren ver la luz, y los tapan para que no la vean; desean estar despiertos y se quiere que duerman; en una palabra, se les contraría en todas las cosas. Y á pesar de todo esto, los niños no son dignos de alabanza al sufrir esas mortificaciones, supuesto que no pueden obrar de otro modo, por carecer del uso de la razon para gobernarse por sí mismos. Pero la Santísima Virgen, que tenia el uso de la razon de una manera perfectísima, ha practicado maravillosamente la renuncia de la carne, al sufrir todas esas contradicciones y mortificaciones voluntariamente.

En cuanto á la tercer renuncia que debemos hacer, y que es la más importante, á saber, la renuncia de sí mismos, debemos advertir que es mucho más difícil que las otras dos, pues ellas

pueden mas fácilmente alcanzarse; mas cuando se trata de dejarse y renunciarse á sí mismo, esto es, á su propio espíritu, su propio juicio y voluntad, aun en aquellas cosas que son buenas y que nos parecen mejores que las que nos ordenan, y sujetarse en todo á la direccion de otro, ciertamente que en ello es donde hay gran dificultad.

Mas ah! ¡cuán excelentemente bien hizo la Santísima Virgen esta última renuncia en su Natividad, no reservándose nada de su libertad, á pesar de tener el uso de su razon! Mirad todo el curso de su vida, y observareis en toda ella una continua sujecion.

Muy cierto es, pues, que no hay mejor medio para asegurar nuestra salvacion, que crucificarnos con nuestro Señor, renunciando al mundo, á la carne y á nosotros mismos, segun el ejemplo de nuestra gloriosa Señora en su santa Natividad. Hagámoslo así fielmente, y Dios nos colmará de gracias en este mundo, y nos coronará con su gloria en el otro.

Dios mio! ¡cuándo nacerá nuestra Señora en nuestro corazon? En cuanto á mí, bien veo que en manera alguna soy digno de ello, y lo mismo pensará cada uno de sí mismo. Y no obstante, su hijo nació en un establo: valor, pues! Hagamos lugar á esta Santa niña: ella no ama sino los lugares hechos profundos por la humildad, abatidos por la sencillez y ampliados por la caridad.

Arrojemos flores sobre la cuna de esta Santísima Virgen; flores de Santas *caléndulas* de bien imitarla, de *pensamientos* de servirla para siempre, y sobre todo de *azucenas* y *rosas* de pureza

y ardiente caridad, juntamente con las *violetas* de la muy santa y muy deseable humildad y sencillez.

(*Sermon de la Natividad.—Cartas.*)

CAPITULO III.

Nombre de Maria.

MARÍA significa estrella del mar, mar amargo, señora exaltada ó ilustrada. Procuremos que nuestras almas sean *Marias*, es decir, antorchas, por nuestros buenos ejemplos, y ayudemos con nuestras oraciones á los demás á llegar al puerto de salvacion. Seamos tambien *mares*, para recibir las amplias bendiciones que Dios comunica á las almas que se dedican á su servicio; pero seamos mares amargos, recibiendo y devorando todas las dificultades que se encuentran en el ejercicio de la vida espiritual. Sean tambien nuestras almas *señoras exaltadas*, por haber mortificado excelentemente nuestras pasiones y apetitos, nuestros sentidos é inclinaciones, mandándonos con imperio absoluto; sean *ilustradas* con la luz celestial, é *ilustradoras* por una verdadera humildad y mortificacion.

Con muy justa razon Nuestra Señora lleva en su nombre de María, la significacion de estrella

del mar ó estrella de la mañana. La estrella del mar, es la estrella del polo, hácia la que se dirige siempre la aguja marina, y por ella son guiados los navegantes en el mar y conocen el rumbo de su navegacion.

Cada uno sabe que todos los antiguos Padres de la Iglesia, y aun los Patriarcas y Profetas, han mirado á esta divina Estrella, la Santísima Virgen, y con su favor, han llevado todos á cabo su navegacion. Ella ha sido siempre la estrella polar y el puerto favorable de todos los hombres que han navegado en las ondas del mar de este miserable mundo, evitando por su medio los naufragios ordinarios, y caer en los escollos y precipicios del pecado. Ella es tambien la hermosa estrella matutina, que nos ha traído las graciosas nuevas de la venida del Sol de Justicia.

Así pues, con muy justo título la Santísima Virgen lleva en su nombre la significacion de estrella; porque así como las estrellas producen su luz virginalmente, sin recibir ningun detrimento y apareciendo mas hermosas á nuestra vista; así tambien, nuestra Señora ha producido aquella luz eterna, su benditísimo Hijo, sin recibir ningun detrimento en su virginal pureza; habiendo sin embargo esta diferencia, que ella ha producido aquella Luz sin esfuerzo, movimiento, ni violencia alguna, lo que no hacen las estrellas, pues parece que ellas producen su luz por movimiento y con alguna violencia y esfuerzo.

Oh Dios mio! cuán grande es mi deseo de tener fijos mis ojos en esa hermosa Estrella durante mi navegacion! Bien resuelto estoy á no querer mas corazon que el que me dé esa dulce Madre de los corazones, esa Madre del amor.

Mirémosla pues; invoquémosla; á su favor nuestro navío llegará al puerto, sin fractura y sin naufragio.

(*Sermon para el día de Sta. María Magdalena.*
—*Sermon para la víspera de la Natividad del Señor.*—*Cartas.*)

CAPITULO IV.

La Presentacion.

LA Santísima Virgen, cuando tenia apenas la edad de tres años, fué llevada en brazos una parte del camino de Nazaret á Jerusalem, para ser ofrecida á Dios en su Templo, y la otra parte ella la anduvo con sus pequeños pies. Oh Dios mio! ¡Cuánto hubiera yo deseado poderme representar el consuelo y suavidad de ese viage! Los que iban al templo de Jerusalem para presentar allí sus ofrendas á la divina Majestad, cantaban á lo largo del camino el Salmo que comienza: «Bienaventurados los que caminan sin mancha de pecado, por el camino de los mandamientos de Dios.» ¡Con qué gracia y melodía lo entonaría nuestra gloriosa Reina y Señora! Por eso los ángeles quedaron de tal modo arrebatados y admirados, que venian en grupos á escuchar aquella divina armonía, y abiertos los cielos, se inclinaban sobre los balaustres de la celestial Jerusalem,

para considerar atentamente á la Virgen Santa, la cual habiendo llegado al templo, subió alegremente, como lo podemos imaginar, los quince escalones del altar; pues ella iba con un amor sin semejante, á darse, dedicarse y consagrarse á Dios sin reserva, y bien pudiera haber dicho, si se hubiera atrevido, á las buenas mujeres que educaban á las niñas dedicadas á Dios en el templo: heme aquí en vuestras manos como un pedazo de cera; haced de mí cuánto os agrade, pues no opondré ninguna resistencia á vuestra voluntad. Así pues, estaba ella tan sometida, que se dejaba manejar absolutamente por voluntad ajena, sin manifestar alguna inclinacion por nada, y siendo tan condescendente, que llenaba de admiracion á cuántos la veian.

En la Presentacion de Nuestra gloriosa Señora, conviene que consideremos tres puntos. El primero es que ella fué á presentarse á Dios en su templo desde sus mas tiernos años, separándose para este fin, de sus padres. El segundo, que haciendo este viaje, ella fué llevada una parte del camino en los brazos de su padre y de su madre, y la otra parte la anduvo con sus pequeños pies. El tercero, que se dió y ofreció toda á Dios, sin reserva alguna.

Consideremos el primer punto, esto es, que ella vino á consagrarse á Dios desde su niñez. Bien sabido es que María se dedicó á Dios desde el instante de su Concepcion, y que ella fué como una hermosa flor, que produjo y exhaló su aroma desde el amanecer.

Hay dos especies de flores, las rosas y los claveles, que exhalan la suavidad de sus aromas diferentemente; pues las rosas son mas aromáticas por la mañana, y antes de que el sol esté en el

medio día, su olor es mas suave y mejor; mientras los claveles por el contrario, son mas aromáticos por la tarde, y entónces su perfume es mas fuerte y agradable.

Pues bien, esta gloriosa Vírgen ha sido como una bella rosa entre las espinas, que aunque ha exhalado siempre un perfume de muy grande suavidad todo el tiempo de su vida, sin embargo, en la mañana de su santa niñez, ha dado un olor maravillosamente suave ante la divina Magestad.

Ah! ¡qué felices son las almas que á imitacion de esta Vírgen sagrada, se consagran al servicio de Nuestro Señor desde la infancia! ¡qué felices son por haberse retirado del mundo, antes de que el mundo las haya conocido! Ellas son como hermosas flores nuevamente abiertas, que no habiendo sido aún tocadas ni marchitadas por el ardor de la concupiscencia, exhalan delante de Dios un perfume de grande suavidad por sus virtudes y buenas costumbres.

Mas para animar á las almas que no han tenido esta gracia, yo he acostumbrado decir que hay dos clases de infancia: la de las almas que son jóvenes en años, y la de las almas que son jóvenes en fervor y valor, y que vienen de nuevo á consagrar al servicio del amor santo; no solo todos los momentos de su vida, sino tambien todas sus acciones y afectos, sin reserva alguna.

Preguntareis acaso, ¿cuál es el tiempo mas propio para dedicarnos á Dios, despues que hemos pasado nuestra adolescencia?

Oh! es el tiempo actualmente presente; ese es el verdadero tiempo. El que ha pasado, ya no es nuestro; el futuro aun no está en nuestro poder;

luego el tiempo presente es el mejor y el que debemos emplear fielmente.

Y para recobrar el tiempo perdido, qué deberemos hacer?

Preciso es recobrarlo por el fervor y la diligencia en correr por nuestro camino el tiempo que nos resta; hacer lo que los ciervos, que aunque corren muy velozmente, sin embargo, redoblan el paso cuando son acosados por el cazador, de manera que van entónces con tal velocidad, que parece que no corren, sino que vuelan; así nosotros, debemos procurar no solo correr, sino volar en el camino de la perfeccion, y pedir para ello con el Santo profeta David, *alas de paloma*, para que con vuelo rápido caminemos sin detenernos hasta llegar á descansar en los agujeros del muro de la Santa Ciudad de Jerusalem, es decir, hasta que nos unamos enteramente á nuestro Señor crucificado sobre el monte Calvarió, por una perfecta y completa mortificacion de todas nuestras inclinaciones.

El segundo punto que debemos considerar en la Presentacion de Nuestra Señora, es que yendo para dedicarse á Dios en el templo, fué llevada por su padre y su madre una parte del camino, y anduvo la otra con sus pequeños pies, aunque ayudada siempre por sus padres. Cuando los bienaventurados Joaquin y Ana encontraban alguna llanura, ponian en tierra á la Santa Vírgen para hacerla andar, y entónces esa gloriosa niña del cielo, levantaba sus pequeños dedos para tomar la mano de sus padres, por temor de dar algunos pasos falsos; y tan luego como ellos encontraban algun camino escabroso, tomaban á la niña en sus brazos. Y en verdad, que cuando

ellos la dejaban andar, no lo hacian por descansar, pues les servia de gran consuelo el cargarla, sino por la complacencia que experimentaban en verla formar sus pequeños pasos.

Nuestro Señor, en nuestra peregrinacion y durante esta miserable vida, nos conduce de esas dos maneras: ó nos lleva de la mano haciéndonos andar con El, ó nos carga en los brazos de su Providencia. Nos lleva de la mano, cuando nos hace andar en el ejercicio de las virtudes; pues si no nos tuviera, no estaria en nuestro poder andar, ni dar un solo paso en ese camino de bendicion. Su divina bondad quiere conducirnos bien y darnos la mano en nuestro viaje; pero quiere tambien que demos nuestros pequeños pasos, es decir, que hagamos de nuestra parte lo que podamos con el socorro de su gracia. Mas luego que Nuestro Señor nos ha conducido de la mano, haciendo con nosotros obras á las cuales quiere que cooperemos, nos carga despues en sus brazos, y hace en nosotros obras á las cuales parece que nada cooperamos, como son, entre otras, los Sacramentos.

Oh! ¡cuán dichosas son las almas que así hacen santamente el viaje de esta vida mortal, y no se apartan nunca de los brazos de la Magestad divina, sino para andar y hacer por su parte lo que está en su poder, ejercitándose fielmente en la práctica de las virtudes, sin dejar de tener siempre la mano de Nuestro Señor!

Pasemos ahora al tercer punto, que consiste en que nuestra gloriosa Señora se dió y abandonó toda á la divina Magestad, sin reserva alguna. En esto especialmente es necesario que la imitemos.

Nuestra Señora hizo una ofrenda tal cual Dios la deseaba de ella; pues á más de la dignidad de su persona, que sobrepuja á la de todas las criaturas, por ser la más excelente despues de su divino Hijo, ofrece todo cuanto ella es y todo cuanto tiene, y eso es lo que Dios pide. Ella, habiéndose consagrado una vez á Dios, no necesitaba despues confirmar su ofrenda, pues nunca interrumpió ni un solo momento el ser toda de Dios y estar perfectamente aplicada, unida y conjunta á su divina bondad.

Nosotros, por el contrario, necesitamos á toda hora, todos los días, los meses y los años, confirmar y renovar las promesas que hemos hecho á Dios de ser todos suyos, á causa de la continua vicisitud y variedad de nuestros afectos y humores.

Para reparar nuestras faltas y recobrar nuevas fuerzas, renovemos nuestras resoluciones, como nos lo enseña Nuestra Señora en su Santa Presentacion; pues aunque ella no tuvo necesidad de renovarse, supuesto que no habiendo pecado no podía decaer, sin embargo, la Divina Providencia permitió para nuestra instruccion, que ella confirmara en su Presentacion, el sacrificio y ofrenda que ya le habia hecho en su Santísima Concepcion.

Nuestro Señor no quiere que hagamos lo que El mismo no quiere hacer, que es darse en parte; su bondad es tan grande, que quiere darse todo á nosotros, y así tambien quiere, lo que es muy justo, que nosotros nos demos todos á El.

Mas qué cosa es darse todo á Dios? Es no reservar alguna cosa que no sea para El, ni siquie-

ra uno solo de nuestros afectos ó de nuestros deseos, y eso es lo que pide de nosotros.

Oigamos á ese divino Señor de nuestras almas: *hijo mio, dame tu corazon*, dice á cada uno de nosotros en particular. Mas acaso preguntaremos: ¿cómo puede suceder que yo dé á Dios mi corazon que está tan lleno de pecados y de imperfecciones? ¿Cómo podrá serle agradable, puesto que está todo lleno de desobediencia sus santas voluntades?

Ah! no nos turbemos por esto, ni rehusemos dárselo tal cual es; pues El no dice que le demos un corazon puro como el de los ángeles ó el de Nuestra Señora, sino *dame tu corazon*, tal cual es. No rehusemos dárselo, á pesar de que esté tan lleno de miserias é imperfecciones, ¿acaso no sabemos que todo lo que se pone en las manos de su divina bondad, es convertido en bien? Nuestro corazon es de tierra, de lodo, de fango: no temamos dárselo tal cual es. Cuando el Señor crió á Adán, tomó una poca de tierra, é hizo de ella un hombre viviente. Su divina bondad no pide, ni quiere de nosotros, sino lo que somos y lo que tenemos, y cuando le hayamos dado nuestro corazon, El sabrá bien perfeccionarlo.

(Primer sermón de la Presentacion.)

CAPITULO V.

Los Desposorios.

ENTRE las palmas se encuentran el varon y la hembra. La palma que es varon, no lleva frutos, y sin embargo, no es infructuosa, porque la palma hembra no llevará frutos sin aquella, y sin su aspecto, de tal suerte, que si la hembra no está plantada cerca, y de modo que la mire, permanece infructuosa y no produce dátiles, que son su fruto; mas si al contrario, es mirada por la palma varon y está á su aspecto, lleva muchos frutos que produce; pero con todo eso, los produce virginalmente, porque de ningun modo es tocada por la palma varon, y aunque la mira, no hay union alguna entre ambos, sino que produce sus frutos á la sombra y aspecto de su compañero, pero de un modo todo puro y virginal. La palma varon en ninguna manera contribuye con su sustancia para esta produccion, y sin embargo, nadie puede decir que no tenga gran parte en el fruto de la palma hembra, puesto que sin él no llevaria fruto, y permanecería estéril é infructuosa.

Habiendo decretado la Divina Providencia de Dios desde toda eternidad, que una Virgen concibiese un hijo, que seria Dios y hombre junta-